de S. Luis, de 80; y Catalina Mónica, de edad de 100 años, todos vecinos de Quautilan, dijeron «sabian de sus padres y de personas fidedignas á quienes se lo habian oido contar, el portentoso milagro de la Aparicion de la Santa Imágen en la tilma ó capa de Juan Diego, indio de dicho pueblo de Quautitlan, á quien conocieron y trataron y visitaron en su retiro de la Santa ermita..... Y les oyeron decir que Juan Diego siempre fué indio virtuoso, y que despues de la colocacion de la Santa Imágen se retiró á su ermita, donde vivía en silencio, penitencia y oracion, asistiendo al servicio de aquel Santuario; y que los naturales, en especial los de Quautitlan, se valian de sus oraciones para alcanzar de la Vírgen el remedio á sus necesidades.»

154. Todo lo dicho consta desde la foja 7 hasta la 76, de las Informaciones, habiéndolas firmado el comisionado para recibirlas, Dr. D. Antonio de Gama, los intérpretes y notario público ante quienes pasaron.

155. El P. M. Definidor Fr. Antonio de Mendoza del órden de S. Agustin, de 76 años, declaró «haber oido de sus padres y abuelos» [D. Antonio Maldonado, su abuelo, de los primeros oidores de esta Chancillería, y presidente de ella; y del Sr. D. Alonzo de Mendoza, que murió de 90 años] la calificacion de Juan Diego, el indio dichoso, á quien se apareció Nuestra Señora, y por medio de quien obró el prodigio de la Santa Imágen; que era de edad madura cuando le escogió la Señora para obra tan alta, de loables costumbres, de conciencia muy ajustada, y que vivió y murió con esta loable opinion, sirviendo en el Santuario de la

Vírgen de Guadalupe» [Informaciones fojas 80 á 85.]

156. El R. P. Diego de Monroy Prepósito de la casa Profesa de la Compañía de Jesus de México, de 65 años, dijo que: «en mas tiempo de 40 años que há que está en este reino, y lo mas de él en México, há oido á personas calificadas y fidedignas sin variedad ni duda en su tradicion..... la cristiandad y santos ejemplos con que siempre vivió Juan Diego, en especial despues que sucedió la Aparicion de la Santa Imágen, que se retiró á su ermita á servirla y asistirla, como la sirvió y asistió toda su vida.» [Informaciones desde fojas 102.]

157. D. Miguel Alonzo de Cuevas y Avalos, alcalde ordinario que habia sido de México, de 81 años de edad, dijo «que sabe de sus padres y antepasados (que sin duda fueron vecinos el año de este milagroso suceso) y de otras personas de las mas calificadas y antiguas del reino, á quienes se lo ha oido referir muchas veces..... que Juan Diego fué indio de ejemplares virtudes, ya de edad madura, y que vivió y murió con loable opinion, sirviendo á la Santísima Vírgen en su Santuario.» (Lo afirmó con juramento en dichas informaciones en 11 de Marzo de 1666).

158. D. Diego Cano Moctezuma, descendiente del Emperador Moctezuma, y alcalde mayor de México, de 71 años, «por las noticias y cierta ciencia de sus antepasados, padres y tradicion de personas antiguas y autorizadas, testificó en la forma y con el juramento que el antecedente, el milagro de la Aparicion de la Santa Imágen..... y califica-

cion de la vida y muerte de Juan Diego. [Las mismas informaciones].

159. El P. Florencia dedica el párrafo 10 capítulo 13 de la *Estrella del Norte* á tratar de las cosas particulares que se hallan en la relacion de D. Fernando de Alva tocantes á los dos Juanes, sobrino y tio. De ella extractamos lo siguiente:

160. «Habida licencia del Sr. Obispo dejó Juan Diego su pueblo, su casa y sus tierras, á Juan Bernardino su tio, que era hermano de su madre, y en una casita próxima á la santa ermita, vivió el resto de su vida, que fueron 17 años, en servicio de la Vírgen, barriendo y aseando su casa; en oracion, penitencias, cilicios, disciplinas, ayunos y continuo silencio. Y en ese tiempo recibió grandes mercedes de la Señora; y otros que no podian alcanzar de la Vírgen favor en sus necesidades, le rogaban que intercediese por ellos, y él con humildad decia que lo haria; y lo hacia con igual fé, y alcanzaba de Ella cuanto pedia. Item que se decia por cosa cierta, que cuando estaba solo con la milagrosa Imágen, los que lo espiaban, le oian hablar como que realmente estaba presente la Madre de Dios, y hablaba con ella.»

161. «Que ayunaba los mas dias de la semana, y se disciplinaba á menudo, que traia ceñido estrictamente al cuerpo un cilicio de fierro; que amaba en tanto grado el retiro, que como su tio Juan Bernardino, que tambien trataba de servir de veras á Dios y á su bendita Madre, lo viese tan adelantado y aprovechado en toda virtud por la casi continua asistencia de la milagrosa Imágen, una vez que entre otras lo vino á ver, le comunicó sus deseos de venirse á vivir con él en la casa de la Vírgen para gozar él tambien inmediatamente de los favo-

res é influjos de tan misericordiosa Señora; y que él entónces con no menor entereza que afabilidad y respeto le dijo que no tratase de hacer tal cosa: que si era por verlo, podia cada y cuando que quisiese, venir de su pueblo á eso: que no convenia que ambos desamparasen su pueblo, su casa y sus tierras; y que supiese que su propósito era cumplir á la letra lo que la Santísima Vírgen le habia mandado, que era, que viviese solo y retirado de todos los suyos; y que viendo Juan Bernardino la santa resolucion se volvió á su casa á cuidar de lo que en ella tenian tio y sobrino; donde vivió hasta el año de 1544, trece despues de la Aparicion milagrosa en que el contagio general del cocolixtli lo arrebató entre muchos millares de indios que de él murieron, á 15 de Mayo, de 86 años de edad; habiendo visto antes entre sueños [modo en que suele Dios manifestarse muchas veces á sus amigos] á la Señora de Guadalupe, la cual le avisó que habia de morir en breve; que se alegrase y animase, que ella como á devoto suyo lo sacaria á paz y á salvo. Y el efecto mostró que habia sido mas que sueño el aviso, porque murió con mucha confianza, alegria y consuelo espiritual dicho dia, mes y año. Su cuerpo fué traido á Guadalupe y enterrado honoríficamente en la Iglesia vieja del Santuario, que es la capilla que hoy se conserva en el sitio en que envió la Santísima Vírgen las flores con Juan Diego al Señor Obispo.—[La sacristía y antesacristía de la actual parroquia]—hallóse este Señor presente á su entierro honrando muerto con su asistencia, al que se dignó la Señora honrar vivo con su presencia.»

162. «Quedó Juan Diego por una parte sentido con la muerte de su tio, y por otra consolado de la

buena disposicion con que acabó esta triste y cansada vida. Habíale avisado á este siervo suyo la Señora por medio de su imágen, que Juan Bernardino su tio, el Illmo. Obispo y él habian de gozar de la gloria de su Hijo, porque á su cargo estaba galardonarles lo que habian hecho por ella. Vió cumplida en su tio, segun prometia la buena disposicion de su muerte, esta palabra, y cumplirse en los dos otros, cuatro años despues, muriendo el Señor Obispo y Juan Diego en un mismo mes y año que fué el de 1548..... Circunstancia bien reparable que dá á entender que el sentimiento de la pérdida del santo pastor, á quien tenia Juan por padre y director en su espíritu, le apresuró la muerte. Y es cierto que quiso la piadosísima Madre de Dios que fuesen juntos al cielo á ver el original peregrino de que habian visto juntos, sacada en esta tierra, la peregrina copia que dejaban á México, venida de los cielos.»

163. Ofrecemos á Mr. N. que tan pronto como otras ocupaciones nos lo permitan, irémos á verle y continuarémos la muy útil y por demás grata que tenemos pendiente y bien adelantada, aunque no en vía de conclusion.

IX.

Postrera entrevista con Mr. N. en cuga virtud se sustituyen las conferencias verbales con correspondencia escrita.

164. Llegó el dia que deseábamos, de pagar su visita á Mr. N.; hasta por la circunstancia de haber sido nuestras visitas alternadas, ya en el alojamiento del uno, ya en el alojamiento del otro, le

damos el nombre de visita de *pago* á la de que ahora vamos á hablar, porque él fué el que obligó á nuestra cortesía con la última que nos hizo. Estando pues nosotros en el lugar del depósito de llaves del hotel, informándonos con el empleado acerca de si Mr. N. se hallaba en sus habitaciones, y á tiempo que el dicho empleado se volvia á examinar el tablero donde las llaves se colocan cuando el dueño está fuera, llegó Mr. N. detrás de nosotros y nos puso cariñosamente sobre el hombro, la mano que fué resbalando por nuestro brazo hasta encontrar y estrechar la nuestra, y nos habló así:

165. —«*Here I am* [heme aquí] ¿Cómo está vd. Mr. X? Supongo que vd. siempre muy bien y me alegro mucho de ello; he visto á vd. en la calle y me apresuré á alcanzarle; pero solo hasta ahora lo he conseguido, y habiendo oido que preguntaba vd. por mí, creo que me vendrá á visitar, por lo que tengo mucho gusto; vamos á mi cuarto.»

Una vez en la pieza en que recibia Mr. N. le dijimos:

—«Y vd., amigo mio, ¿cómo se encuentra de salud? ¿Bien? gracias á Dios por ello y me alegro mucho. Experimento una pequeña contrariedad y se la voy á manifestar en seguida: en la calle, donde vd. me ha visto, tal vez estaba vd. acabando de salir y se dirigia á alguna parte por negocio ó por paseo; no quiero frustrarle el un objeto y sentiria privarlo del otro.»

—«Nada de eso, nada de eso, replicó Mr. N.; volvia de una de mis excursiones y por cierto que viene vd. muy á tiempo para comunicarle el negocio que fuí á arreglar. Mis asuntos me obligan á dejar esta ciudad tal vez por seis ú ocho meses y